

señor Birotteau, dijo Camusot, cogiéndole las manos, están impresionados por vuestra situación, sin que les haya sorprendido vuestra entereza: todos han hecho justicia á vuestra probidad. En la desgracia os hicisteis aún más digno del puesto que ocupasteis aquí. Hace veinte años que vivo en el comercio, y esta es la segunda vez que veo á un comerciante caído, ganando en la estimación pública.

Birotteau, cogiendo las manos del juez las oprimió, derramando lágrimas sus ojos; Camusot le preguntó lo que pensaba hacer; Birotteau respondió que iba á trabajar para pagar á sus acreedores por completo.

— Si para realizar tan noble esfuerzo necesitáis algunos miles de francos, los encontraréis siempre en mi casa, dijo Camusot; los daré con muchísimo gusto para ser testigo de un hecho bastante raro en París.

Pillereault, Ragón y Birotteau se retiraron.

— Ya ves como no se trataba de beberse la mar, le dijo Pillereault á la puerta del Tribunal.

— Reconozco vuestras preparaciones, tío, dijo el pobre hombre, enternecido.

— Ya hemos concluido; nos hallamos á dos pasos de la calle de los Cinco Diamantes; venid á ver á mi sobrino, le dijo Ragón.

Era una cruel sensación para Birotteau ver á Constanza sentada en un pequeño despacho del entresuelo, ahogado y sombrío, encima de la tienda, oscurecido por un tablero que cubría un tercio de

la ventana, y sobre el cual estaba escrito: A. POPINOT.

— Ahí tenéis á uno de los tenientes de Alejandro, dijo con la trivial alegría de los desgraciados el pobre, Birotteau, señalando la muestra.

Aquella broma forzada, en la que aparecía ingenuamente el inextinguible sentimiento de superioridad que se había supuesto Birotteau, produjo como un escalofrío á Ragón, á pesar de sus setenta años. César vió á su mujer, bajando á Popinot cartas para firmar; no pudo contener sus lágrimas ni impedir que palidciera su semblante.

— Buenos días, le dijo ella con expresión risueña.

— ¿Es inútil preguntarte si estás bien aquí? dijo César mirando á Popinot.

— Como en casa de mi hijo, respondió ella con ternura, que impresionó al excomerciante.

Birotteau se acercó á Popinot y le dijo, abrazándole:

— Acabo de perder para siempre el derecho de llamarte hijo mío.

— Esperemos, dijo Popinot. *Vuestro* aceite avanza gracias á mis esfuerzos en los periódicos, á los de Gaudissart que ha recorrido la Francia entera, que la inunda de carteles, de prospectos, y que hace imprimir ahora en Strasburgo prospectos en alemán, y va á caer como una invasión sobre Alemania. Hemos colocado tres mil gruesas.

— ¡Tres mil gruesas! dijo César.

— Y he comprado en el arrabal de San Marcelo

un terreno barato donde se construye una fábrica. Conservaré además la del arrabal del Temple.

— Mujercita mia, dijo Birotteau al oído de Constanza, con algun esfuerzo saldremos adelante.

Después de aquel día fatal, César, su mujer y su hija se comprendieron. El pobre empleado quería llegar á un resultado, si no imposible, al menos gigantesco : ; al pago íntegro de su deuda! Aquellos tres seres, unidos por los lazos de una honradez ferroz, se hicieron avaros privándose de todo. Un céntimo les parecía sagrado. Cesarina demostró por el comercio donde servía un interés incalculable. Pasaba las noches ingeniándose para acrecer la prosperidad de la casa, inventando nuevas confecciones; desplegaba un genio comercial desconocido. Los dueños se vieron obligados á moderar su ardor por el trabajo ; la recompensaban con gratificaciones pero ella rehusaba los adornos y las alhajas que la ofrecía su principal ; Dinero ! era su grito. Todos los meses llevaba sus honorarios, sus pequeñas ganancias, á su tío Pillereault. Otro tanto hacía César y lo mismo Constanza. Los tres se reconocían inhábiles ; no queriendo ninguno asumir sobre sí la responsabilidad del manejo de los fondos, habían confiado á Pillereault la dirección suprema de la inversión de sus economías. Metido nuevamente á comerciante et tío, sacaba partido de los fondos en la Bolsa. Se supo más tarde que había sido secundado en esta obra por Julio Desmarests y por José Lebas, afanosos uno y otro de indicarle los negocios sin riesgo.

El antiguo perfumista, que vivía con su tío, no se

atreveía á preguntarle acerca del empleo dado á las cantidades adquiridas con su trabajo y con el de su hija y de su mujer. Iba con la cabeza baja por las calles, ocultando á todas las miradas su rostro abatido, descompuesto, estúpido. César se reprochaba por vestir paño fino.

— Al menos, decía mirando angelicalmente á su tío, no como el pan de mis acreedores. Vuestro pan me parece agradable, aun cuando lo debo á la piedad que os inspiro, pensando que, gracias á vuestra santa caridad, no gasto nada de mi sueldo.

Los comerciantes que veían al empleado, no encontraban en él ningún vestigio del perfumista. Los indiferentes concebían una inmensa idea de las vicisitudes humanas al aspecto de aquel hombre, en cuyo rostro el dolor más intenso había señalado su tristeza que aparecía muchas veces alterada por lo que jamás asomó á él : *¡el pensamiento!* No se destruye quien lo desea. Las gentes ligeras, sin conciencia, para quienes todo es indiferente, no pueden ofrecer nunca el espectáculo de un desastre. Sólo la religión imprime un sello particular sobre los seres caídos : creen en un porvenir, en una Providencia : hay en ellos cierta claridad que los distingue, una resignación que brilla como un rayo de esperanza y despierta indecible ternura ; recuerdan todo lo que han perdido, como un ángel desterrado llorando á la puerta del cielo. Los quebrados no pueden presentarse en Bolsa. César, arrojado de los dominios de la probidad, era una imagen del ángel suspirando por el perdón.

Durante catorce meses, entregado á las ideas religiosas que su caída le inspiró, Birotteau se negaba á cualquier diversión. Aunque seguro de la amistad de los Ragón, fué imposible decidirle á que fuese á comer con ellos, ni á casa de los Lebas, ni á la de los Matifat, ni á la de los Protez y Chiffreville, ni siquiera á casa del señor Vauquelin, cuando todos se apresuraban á honrar en César una virtud superior. César prefería estar solo en su cuarto que tropezar con las miradas de un acreedor. Las atenciones más cordiales de sus amigos le recordaban amargamente su situación. Constanza y Cesarina tampoco iban á ninguna parte. Los domingos y demás fiestas, únicos días que tenían libres, las dos mujeres iban á buscar á César á la hora de misa y le acompañaban á casa de Pillereault después de haber cumplido sus deberes religiosos. Pillereault invitaba al sacerdote Loraux, cuya palabra servía de estímulo á César en su vida de sacrificio. El antiguo almacenista de quincalla tenía la fibra de la probidad demasiado sensible para desaprobare las delicadezas de César. Había proyectado aumentar el número de personas entre las cuales el quebrado pudiese presentarse con la frente alta y la mirada serena.

En el mes de mayo de 1821, aquella familia, en lucha con la adversidad, fué recompensada de sus esfuerzos, con la primera fiesta que preparó el árbitro de sus destinos. El último domingo del mes era el aniversario del consentimiento dado por Constanza para su casamiento con César. Pillereault

había alquilado, de acuerdo con los Ragón, una casita de campo en Sceaux, y el antiguo almacenista de quincalla quiso inaugurarla alegremente.

— César, dijo Pillereault á su sobrino, el sábado por la tarde, mañana vamos al campo, y tú nos acompañarás.

César, que tenía una magnífica letra, por las noches hacía copias para Derville y para otros abogados, y el domingo, con permiso de su confesor trabajaba como un negro.

— No, respondió César; el señor Derville necesita con urgencia la copia que hago.

— Tu mujer y tu hija bien merecen una recompensa. No encontrarás más que á nuestros amigos: el padre Loraux, los Ragón, Popinot y su tío. Además, te lo exijo.

César y su mujer, arrastrados por el torbellino de los negocios, no habían vuelto nunca á Sceaux, aunque de vez en cuando los dos deseasen volver, para contemplar el árbol á cuya sombra casi se había desmayado el primer dependiente de la *Reina de las Rosas*. Por el camino, que César hizo con su mujer, su hija, y Popinot en un coche que este último alquiló, Constanza dirigía expresivas miradas á su marido, sin lograr que sonriera el pobre hombre. Le dijo algunas palabras al oído, él movió la cabeza por toda respuesta. Las dulces manifestaciones de aquella ternura, inalterable pero forzada, en vez de animar la fisonomía de César, acentuaron su expresión sombría é hicieron asomar á sus ojos algunas lágrimas reprimidas. El pobre hombre había hecho

el mismo viaje veinte años antes, rico, joven, lleno de esperanzas, enamorado de una muchacha tan hermosa, como lo era entonces Cesarina; soñaba la dicha, y veía en el fondo del coche, á su noble criatura, pálida de no dormir, á su animosa mujer cuya belleza se había marchitado como la de las ciudades cubiertas por la lava de un volcán. ¡Sólo quedaba el amor! La actitud de César, ahogó la dicha en el corazón de su hija y de Anselmo, que le representaban la encantadora escena de otros tiempos.

— Sed dichosos, hijo mío; tenéis derecho á serlo, dijo el pobre padre con tono desgarrador. Podéis amaros sin recelos, añadió.

Birotteau, diciendo estas últimas palabras, había cogido las manos de su mujer y las besaba con santa y afectuosa admiración que impresionó á Constanza más que una intensa alegría. Cuando llegaron á la casa donde les aguardaban Pillereault, los Ragón, el abate Loraux y el juez Popinot, estas cinco nobles personas con sus actitudes sus miradas y sus palabras animaron á César, porque á todos emocionaba mucho ver al pobre hombre siempre tan abrumado como al día siguiente de su desgracia.

— Id á pasearos por los bosques de Aulnay, dijo el tío Pillereault poniendo una mano de César entre las de Constanza; idos con Anselmo y Cesarina; volved á las cuatro.

— ¡ Pobres gentes! Nosotros los cohibimos, dijo la señora Ragón enternecida por los profundos padecimientos de su deudor; solos allí estarán contentos.

— Es el arrepentimiento de quien no ha pecado, dijo el sacerdote Loraux.

— A los buenos los enaltece la desgracia, añadió el juez.

Olvidar es el gran secreto de la existencias enérgicas y creadoras; olvidar como la naturaleza, que no reconoce pasado, y renueva sin descanso á cada instante los misterios de su poderosa reproducción. Las existencias débiles, como lo era la de Birotteau, viven en los dolores, en vez de convertirlos en máximas de la experiencia; se saturan de ellos y se desgastan hundiéndose continuamente en los dolores consumados. Cuando las dos parejas hubieron tomado el sendero que conduce á los bosques de Aulnay, colocados como una corona sobre una de las colinas más pintorescas de los alrededores de París, el Valle de los Lobos se ofreció á sus ojos con toda su coquetería: la transparencia del cielo, la alegría del paisaje, las primeras hojas y los deliciosos recuerdos del día más hermoso de su juventud, acallaron las ideas tristes en el alma de César; oprimió contra su corazón, que palpitaba, el brazo de su mujer, se animaron sus ojos; resplandores de felicidad brillaban en ellos.

— Al fin, dijo Constanza á su marido, te veo como antes, ¡mi pobre César! Me parece que nos portamos bastante bien para permitirnos un pequeño gusto de vez en cuando.

— ¿Que hacer? dijo el pobre hombre. ¡Ah! Constanza, tu cariño es el único bien que me queda. Sí, he perdido hasta la confianza que tenía en mí;

agoté las fuerzas; mi único deseo es vivir bastante para morir en paz con el mundo. Tú, mujercita mía, tú que eres mi sabiduría y mi prudencia, tú que ves claro, tú que no tienes que reprocharte nada puedes, estar alegre; de los tres soy el único culpable; Hace diez y ocho meses, en medio de aquella fiesta fatal veía á mi Constanza, la única mujer á quien he querido, más hermosa tal vez que la joven con la cual recorrí este sendero hace veinte años, como ahora nuestros hijos!... En diez y ocho meses he marchitado aquella belleza, mi orgullo, un orgullo permitido y legítimo. Cuanto más te conozco más te quiero... ¡ Oh, *querida* ! dijo, dando á esta palabra una expresión que hizo mella en el alma de su mujer. Preferiría sentirte quejosa de mí que verte acariciar mi dolor.

— No creía, dijo ella, que después de veinte años de matrimonio, el amor de una mujer hacia su marido pudiese aumentar.

Estas palabras hicieron olvidar por un momento á César todas las desdichas, porque tenía tanto corazón, que sólo estas palabras eran para él una fortuna. Se abalanzó casi dichoso, hacia *su* árbol, que, por casualidad, no había sido cortado. Los dos esposos se sentaron al pié, viendo á Anselmo y Cesarina, que volvían distraídos, pisando la yerba, creyendo tal vez seguir camino adelante.

— Señorita, decía Anselmo, ¿ me creéis bastante miserable y codicioso para aprovecharme de la adquisición de la parte de vuestro padre en el *Aceite eefálico*? Le guardo con cariño su mitad, se la cuido.

Negocio con sus ganancias, que aumentan; si hay giros dudosos, van á mi cuenta. No podemos cearnos hasta el día siguiente á la rehabilitación de vuestro padre, y adelanto ese día con todas las fuerzas que da el amor.

El enamorado guardaba este secreto á Constanza. Hasta los amantes más inocentes desean aparecer grandes á los ojos de sus amadas.

— ¿ Y será esto pronto? preguntó ella.

— Muy pronto, dijo Popinot.

Vibraron en la respuesta entonaciones tan penetrantes, que la casta y pura Cesarina presentó su frente á Anselmo, quien la besó apasionada y respetuosamente; había mucha nobleza en el atrevimiento de aquella niña.

— Papá, todo va bien, dijo á César animándole; alégrate, habla, olvida las tristezas.

Cuando aquella familia tan unida volvió á casa de Pillereault, César, aunque poco observador, notó en los Ragón un cambio de maneras que hacía suponer algún acontecimiento. La acogida de la señora Ragón fué particulamente halagadora; su mirada y su acento decían á César: « Ya estamos pagados ».

A los postres, el notario de Sceaux se presentó; el tío Pillereault le hizo sentar, mirando á Birotteau, que aguardaba ya una sorpresa, sin poder imaginar su importancia.

— Sobrino mío; en diez y ocho meses las economías de tu mujer, de tu hija y las tuyas han producido veinte mil francos. He recibido treinta

mil francos por el dividendo de mi crédito; disponemos, pues, de cincuenta mil francos para tus acreedores. El señor Ragón ha recibido treinta mil francos de su dividendo, el señor notario de Sceaux te trae una liquidación del pago total, con intereses y todo, que haces á tus viejos amigos. La cantidad restante queda en casa de Crottat y la destinás á Lourdois, la señora Madou, el albañil, el carpintero y tus acreedores más apremiantes. El año que viene Dios dirá. Con tiempo y paciencia se llega á todas partes.

La alegría de Birotteau no es para descrita; se arrojó, llorando, en los brazos de su tío.

— Que se ponga su cruz hoy, dijo Ragón al padre Loraux.

El confesor colocó las insignias en el ojal del empleado, que se miró veinte veces durante toda la tarde en los espejos de la sala, demostrando una satisfacción de la cual se hubiesen reído gentes que se creen superiores, y que los bondadosos burgueses encontraban natural. Al día siguiente Birotteau fué á casa de la señora Madou.

— ¡Ah! Vos por aquí, buen sujeto, dijo ella, os desconocía, tanto habéis encanecido. Sin embargo, no tragináis, vosotros; teneis empleos. Yo, me doy una vida de perro que da vueltas á un asador y que merece bendiciones.

— Pero, señora...

— ¡Ah! Esto no es un reproche, dijo ella, sois un hombre honrado.

— Vengo á deciros que os pagaré hoy en casa

del señor Crottat, notario, el resto de vuestros crédito y los intereses...

— ¿Es cierto?

— Estad en la notaría á las once y media...

— Esto se llama ser honrado y justo, pagarlo todo y *los cuatro* de cada ciento, dijo, admirando con ingenuidad á Birotteau. Oíd, mi buen señor; hago muchos negocios con vuestro *rojo*, es un guapo chico, me deja ganar sin regatearme los precios á fin de indemnizarme: bien, os daré recibo; ¡guardad vuestro dinero, mi pobre viejo! La Madou se acalora, escandaliza, pero tiene corazón, dijo, golpeándose los más voluminosos almohadones de carne viva que se lucieron en los mercados.

— ¡Jamás! dijo Birotteau. La ley está terminante; quiero pagaros por completo.

— Entonces, no me haré suplicar mucho, dijo ella. Y mañana en el Mercado vocearé vuestro honor. ¡Ah, cosa rara! ¡qué mundo!

El buen hombre repitió la misma escena en casa del pintor decorador, el suegro de Crottat, pero con variantes. Llovía. César dejó su paraguas en un rincón de la puerta. El pintor enriquecido, viendo correr el agua por la bonita sala donde él y su mujer se desayunaban, no estuvo muy afectuoso.

— Vaya, ¿qué se os ofrece señor Birotteau? le dijo con el tono duro que muchas personas usan para hablar á los mendigos impertinentes.

— Señor, ¿no os ha dicho ya vuestro yerno...?

— ¿Qué? interrumpió Lourdois impaciente y temeroso de alguna petición.

— ... que vayáis á su casa esta mañana, á las once y media, para darme recibo del pago íntegro de vuestro crédito?

— ¡Ah, esto es otra cosa! Sentaos, pues, aquí, señor Birotteau; tomad un bocado en compañía nuestra.

— Hacednos el obsequio de tomar el desayuno, dijo la señora Lourdois.

— ¿De manera que todo marcha bien? le preguntó el voluminoso Lourdois.

— No, señor; todos los días me desayuno con una media copa en la oficina para ahorrar algún dinero; pero con el tiempo espero reparar los perjuicios que hice á mis prójimos.

— Verdaderamente, dijo el pintor tragando un pedazo de pan cubierto de *foie gras*, sois un hombre honrado.

— ¿Y qué hace la señora Birotteau? dijo la se-
de Lourdois.

— Lleva los libros y la caja en casa de Anselmo Popinot.

— ¡Pobres gentes! dijo en voz baja la señora Lourdois á su marido.

— Si me necesitáis, mi querido señor Birotteau, venid á buscarme, dijo Lourdois; tal vez os pudiese ayudar...

— Os necesito á las once y media, dijo Birotteau retirándose.

Este primer efecto dió valor al quebrado, sin devolverle la tranquilidad; el deseo de reconquistar el honor agitaba desmesuradamente su vida; per-

dió por completo la frescura de su cara, sus ojos se apagaron y sus mejillas se consumieron. Por la mañana á las ocho, ó por la tarde á las cuatro, mientras iba de su casa á la oficina y de la oficina á su casa, vestido con el levita que llevaba puesto el día de su desgracia, y que cuidaba, como un pobre alférez cuida su uniforme, los cabellos completamente blancos, pálido y demacrado, algunos de sus conocidos que le veían al pasar, le paraban, á pesar suyo, porque siempre alerta, se escurría á lo largo de las paredes, como lo hacen los ladrones.

— Es público vuestro comportamiento, amigo mío, le decían. Todo el mundo deplora el rigor á que os habeis condenado, lo mismo vos que vuestra hija y vuestra esposa.

— Tomaos un poco más tiempo, añadían otros; herida de dinero no es mortal.

— No, pero cuando la herida es del alma... respondió un día á Matifat el pobre César debilitado.

Al principio del año 1823, el canal Saint-Martin fué aprobado. Los terrenos situados en el arrabal del Temple adquirieron precios exorbitantes. El proyecto dividió precisamente en dos la propiedad de Tillet, en otro tiempo de César Birotteau. La compañía concesionaria del canal pagaba un precio fabuloso si el banquero podía entregar el terreno en un plazo fijado. Pero, el arriendo hecho por César á Popinot hacía el negocio imposible. El banquero fué á la calle de los Cinco Diamantes á ver al droguista. Si Popinot era indiferente á de Tillet, el futuro esposo de Cesarina sentía por este

hombre un odio instintivo. Ignoraba el robo y las infames combinaciones preparadas por el afortunado banquero, pero una voz interior le gritaba : « Este hombre es un ladrón impune. » Popinot no hubiera hecho el más pequeño negocio con él : su presencia le era odiosa. En aquel momento sobre todo, veía á de Tillet enriquecerse con los despojos de su antiguo principal, porque los terrenos de la Magdalena comenzaban á cotizarse á precios que presagiaban los valores exorbitantes que alcanzarían en 1827. Así, pues, cuando el banquero hubo explicado el motivo de su visita, Popinot le miró con una indignación reconcentrada.

— No me opongo en absoluto á rescindir el contrato de arrendamiento, pero necesito sesenta mil francos y no rebajaré ni un céntimo.

— ¡ Sesenta mil francos ! exclamó de Tillet retrocediendo.

— Tengo derecho á permanecer allí quince años, y otra fábrica me costará tres mil francos anuales. No hay más que hablar. Son sesenta mil francos, dijo Popinot entrando de nuevo en la tienda, adonde le siguió de Tillet.

La discusión se animó ; el nombre de Birotteau fué pronunciado ; la señora de César bajó viendo á de Tillet por primera vez desde el famoso baile. El banquero no pudo reprimir un movimiento de sorpresa ante los cambios que se habían operado en Constanza y bajó los ojos, espantado de su obra.

— Él señor, dijo Popinot á la señora de César, saca de *vuestros* terrenos trescientos mil francos,

y *nos* niega sesenta mil francos de indemnización por *nuestro* contrato...

— Tres mil francos de renta, dijo de Tillet con énfasis.

— ¡ Tres mil francos !... repitió la señora de César con sencilla y penetrante entonación.

De Tillet palideció : Popinot miró á la señora de Birotteau. Hubo allí un momento de profundo silencio que hizo aquella escena más inexplicable aún para Anselmo.

— Firmadme vuestra rescisión que hice redactar á Crottat, dijo de Tillet, sacando un papel sellado de su bolsillo interior, y os daré un cheque de sesenta mil francos contra el Banco.

Popinot miró á la señora de Cesar sin disimular su profundo asombro ; creía soñar. Mientras que de Tillet firmaba su cheque sobre una mesa de pupitre alto, Constanza desapareció volviendo al entresuelo. El droguista y el banquero cambiaron sus documentos. De Tillet salió saludando á Popinot fríamente.

— Al fin, dentro de algunos meses, dijo Popinot, mirando á de Tillet que se dirigía hacia la calle de los Lombardos donde su coche estaba parado, gracias á este singular negocio, me casaré con Cesarina. Mi adorada mujercita no se quemará las cejas trabajando. ¡ Cómo ! ¡ Una mirada de la señora Birotteau ha bastado ! ¿ Qué habrá entre ella y ese bandido ? Lo que acaba de ocurrir es muy extraordinario.

Popinot envió á cobrar el cheque al Banco y su-

bió para hablar á la señora Birotteau ; pero no la encontró en la caja ; estaba sin duda en su gabinete. Anselmo y Constanza vivían como viven un yerno y una suegra cuando el yerno y la suegra se quieren. Así, entró en el gabinete de Constanza con la precipitación propia de un enamorado que alcanza su dicha. El joven comerciante quedó prodigiosamente sorprendido al encontrar á su futura suegra, á cuyo lado llegó en un salto como un gato, leyendo una carta de Tillet, porque Anselmo reconoció la letra del antiguo primer dependiente de Birotteau. Una vela encendida, los residuos negros y ligeros de otras cartas quemadas, hicieron estremecer á Popinot que, dotado de vista penetrante había leído sin querer esta frase en el principio de la carta que tenía su suegra : *¡ Os adoro ! ya lo sabéis, angel de mi vida, y porque...*

— ¿Qué influencia tenéis, pues, sobre de Tillet, para hacerle concluir semejante negocio? dijo él riendo con esa risa convulsiva signo de una sospecha cruel.

— No hablemos de esto, dijo ella, descubriendo una horrible turbación.

— Sí, respondió Popinot muy aturdido, hablemos del fin de vuestras penas.

Anselmo se acercó á la ventana, haciendo sonar los cristales con las yemas de los dedos, mirando al patio.

« Bien, pensó ; aun cuando hubiera querido á de Tillet, ¿por qué no he de portarme como un hombre honrado? »

— ¿Qué tenéis, hijo mío? dijo la pobre mujer.

— La cuenta de los beneficios netos del *Acceite esférico* asciende á doscientos cuarenta y dos mil francos, la mitad, son ciento veintiuno, dijo bruscamente Popinot. Si rebajo de esta suma los cuarenta y ocho mil francos entregados al señor Birotteau, quedan setenta y tres mil que, unidos á los sesenta mil francos de la cesión del contrato, os dan ciento treinta y tres mil francos.

La esposa de César escuchaba ; su ansiedad, su dicha, hicieron palpar su corazón con tal violencia que Popinot oía sus latidos.

— He considerado siempre al señor Birotteau como socio, prosiguió, podemos disponer de esta suma para reembolsar á sus acreedores. Añadiéndole veintiocho mil francos de vuestras economías empleadas por vuestro tío Pillerault, tenemos ciento sesenta y un mil francos. Ningún poder humano puede impedirme prestar á mi suegro, á cuenta de los beneficios del año próximo, la cantidad necesaria para completar las sumas debidas á sus acreedores... Y él... será... rehabilitado.

— ¡Rehabilitado! exclamó la señora de César cayendo de rodillas en su silla.

Juntó las manos pronunciando una oración, después de haber soltado la carta.

— ¡Querido Anselmo! dijo cuando acabó de persignarse. ¡Querido hijo!

Le cogió la cabeza, le besó en la frente, le estrechó sobre su corazón, hizo verdaderas locuras.



— ¡Bien mereces á Cesarina! Mi hija será muy dichosa contigo. Saldrá de aquella casa donde se consume trabajando.

— Por amor, dijo Popinot.

— Sí, respondió la madre sonriendo.

— Escuchad un secreto, dijo Popinot mirando la carta fatal con el rabillo del ojo. He ayudado á Celestino para facilitarle la adquisición de vuestras existencias, pero le puse una condición. Vuestras habitaciones están como las dejasteis. Yo acariciaba una idea, pero no creía que la casualidad nos favoreciese tanto. Celestino está obligado á subarrendaros vuestra antigua casa, donde no ha puesto los pies y donde todos los muebles son vuestros. Me he reservado el segundo piso para vivir con Cesarina á la que no apartaré nunca de vuestro lado. Después de mi casamiento, vendré á pasar aquí los días, desde las ocho de la mañana hasta las seis de tarde. Para rehaceros una fortuna compraré por cien mil francos la participación del señor Birotteau, y así tendréis, con su destino, diez mil francos de renta. ¿Seréis felices?

— No me digáis más, Anselmo, ó me vuelvo loca.

La angelical actitud de la señora de Birotteau y la pureza de sus ojos, la inocencia de su hermosa frente, desmentían de un modo tan rotundo las mil ideas amontonadas en la cabeza del enamorado, que se propuso éste acabar con las monstruosidades de su pensamiento. Una falta era inconciliable con la vida y los sentimientos de la sobrina de Pillerault.

— Mi querida, mi adorada madre, dijo Anselmo. A pesar, mío, entró en mi alma una horrible sospecha. Si queréis verme feliz, destruidla en un instante.

Popinot había cogido la carta.

— Sin querer, prosiguió espantado del terror que se pintaba en el rostro de Constanza — he leído las primeras palabras de esta carta escrita por de Tillet. Estas palabras coinciden singularmente con el efecto que acabáis de producir decidiendo la pronta adhesión de este hombre á mis exigencias; cualquiera temería lo que yo temo, lo que me dicta el demonio, bien á mi pesar. Vuestra presencia; tres palabras fueron bastantes...

— No terminéis — dijo la esposa de César apoderándose de la carta, y quemándola delante de Anselmo. — Hijo mío, estoy muy cruelmente castigada por una pequeñísima falta. Sabedlo, pues todo, Anselmo. No quiero que la sospecha inspirada por la madre perjudique á la hija, y además, puedo hablar sin avergonzarme; diría á mi marido lo que voy á confesaros. De Tillet intentó seducirme; César fué advertido por mí en seguida; de Tillet debió salir de casa. El día en que mi esposo iba á decirselo, de Tillet nos quitó tres mil francos.

— Lo sospechaba, dijo Popinot, cuyo acento expresaba todo su odio.

— Anselmo, vuestro porvenir, vuestra dicha exigen esta confianza; pero debe morir en vuestro corazón como ha muerto en el mío y en el de César. Debéis recordar la *regañina* de mi esposo con